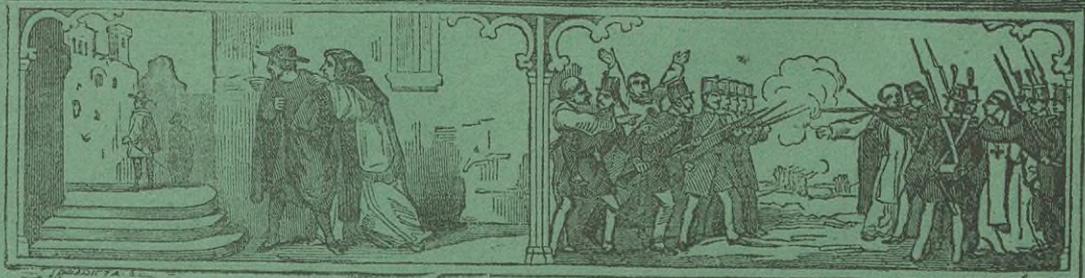
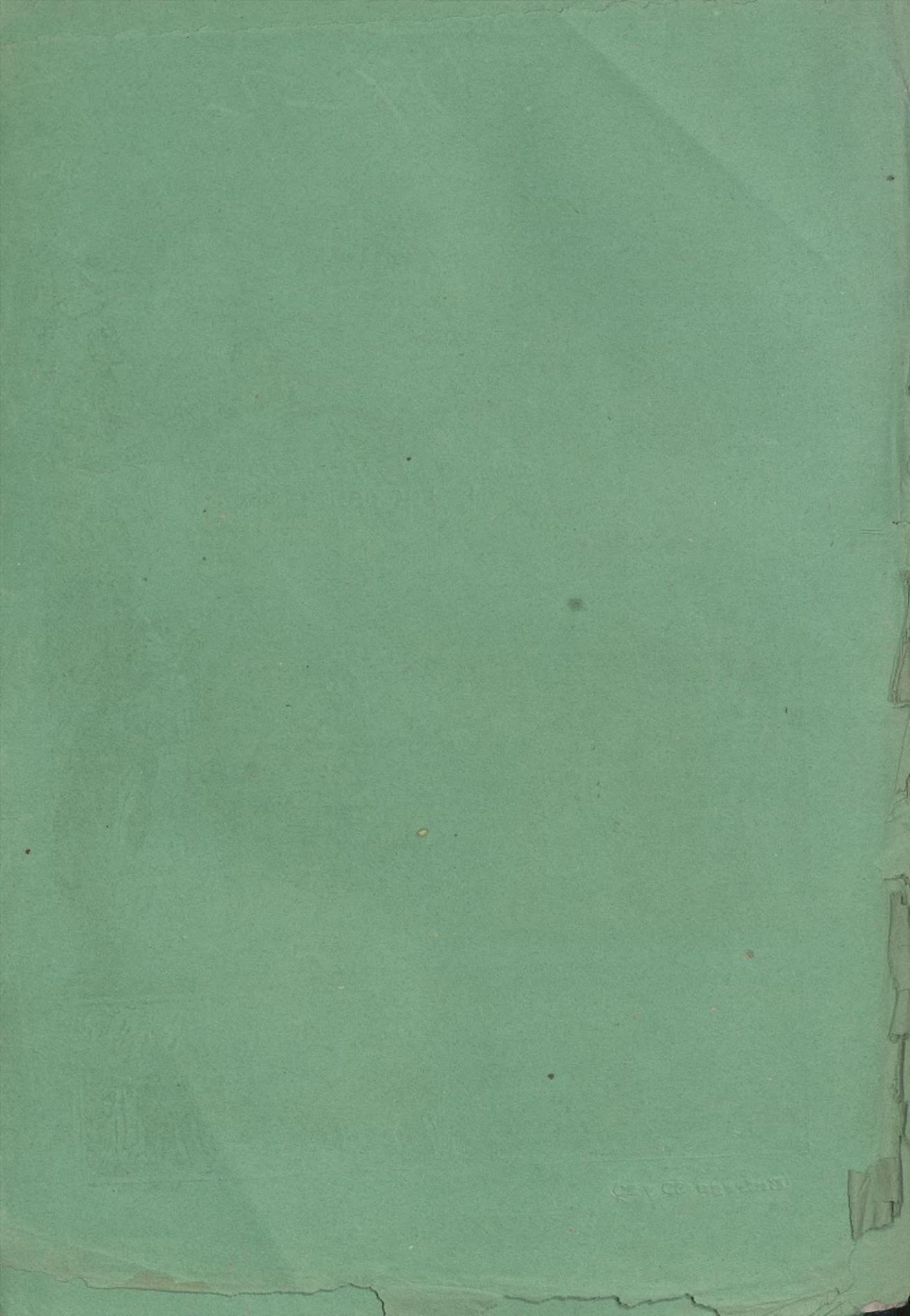


1902



Entrega 29 y 30

L. GILBERTO.



Condiciones de la suscripcion.

Esta obra se publicará por entregas de 16 páginas de impresion clara, hermosa y compacta en 4.º marquilla papel superior. Cada dos entregas se repartirá una preciosa lámina litografiada y tirada á dos tintas.

La obra constará de unas cuarenta entregas. Las que escedan de este número se darán gratis á los señores suscritores.

Se publicará al menos una entrega semanal.

El precio de la entrega para toda España será de UN REAL de vn., que se satisfará en el acto de recibirla.

La correspondencia y reclamaciones deberán dirigirse en carta franqueada á su administrador *D. I. L. Bernagosi*, calle del Arco del Teatro. n.º 16.

BARCELONA

LIBRERÍA DE DON SALVADOR MANERO.

PLAZA DEL TEATRO N.º 7.
(al lado del correo).

1856.

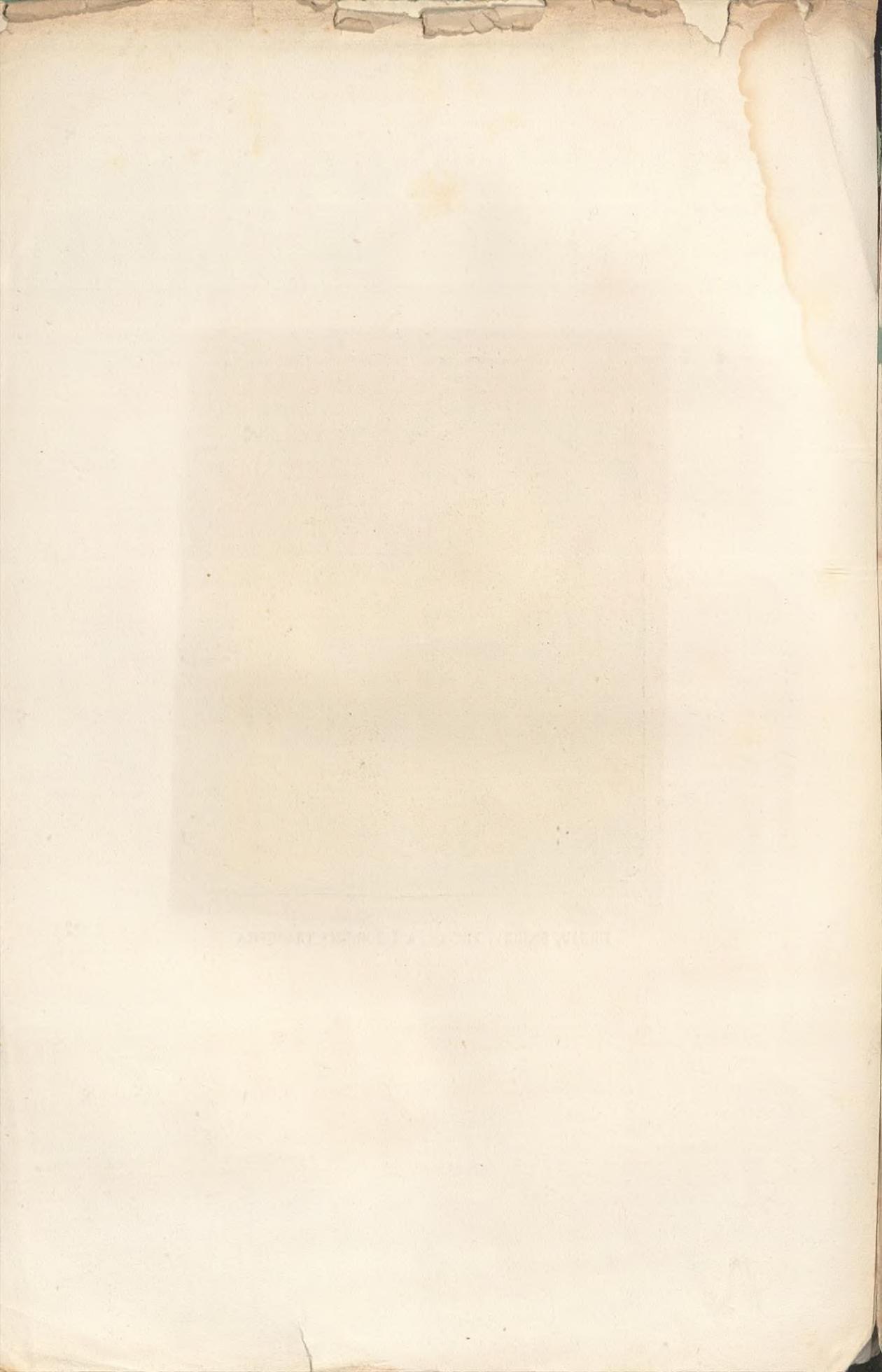


E. Planas

Mais pardonnez, je te adieu!



FIRMAD, SEÑORA, FIRMAD, ASÍ MORIREIS TRANQUILA.



Vol. 10 p. 107

sus ruegos y tambien con el beneplácito de Doña María se acordó que pasarian en el campo los últimos dias de otoño.

Cuando Doña María salió de la ciudad, todavía no habia visto ni á su hija ni á su criado. Su fiel amiga iba preparando lentamente su ánimo para aquel feliz encuentro. Mas adelante hemos de ver como inesperadas circunstancias hubieron de acelerar aquel suspirado momento. La Providencia velaba por los destinos de Doña María y de su hija.



VII.

El dedo de Dios.



TRES dias despues de la entrevista que tuvo D. Fernando con el padre de María, el hijo de Fray Guillermo volvía á penetrar sigilosamente en la caverna del valle solitario y depositaba cuidadosamente, debajo de una de las enormes rocas de granito que la accion del tiempo ó alguna revolucion de la naturaleza habia hecho rodar en su seno, el traje completo que le habia encargado el monje cartujo. Cuando hubo llenado fielmente su mision, sin penetrar en el monasterio, de cuyos mudos habitantes se habia despedido hacia dos dias únicamente, dirigióse al campamento, donde solicitó una licencia temporal de sus jefes para pasar algunos dias en el seno de su familia, licencia que le fué concedida fácilmente atendido el mérito que habia contraído y las heridas que habia sufrido en defensa de la patria, y se trasladó á casa de su presunto padre D. Diego de Monforte, quien lo recibió, como es de imaginar, con los brazos abiertos, anunciando reservadamente tan grata nueva á su ver-

dadero padre. Este se hallaba entónces muy preocupado y ocupado con motivo de las elecciones de prior; y así como en cualquiera otra ocasion hubiese corrido al lado de su hijo, por quien habia empezado á sentir con toda su fuerza el amor paternal, la ambicion y la esperanza de mayor libertad, pudierom mas en él en aquellos dias que su amor de padre, y se contentó con escribir á D. Diego que retuviese á su lado cuanto le fuese posible al mozo, en tanto que él terminaba algunos asuntos que exigian imperiosamente su presencia. Verdad es que D. Diego habló luego á Fr. Guillermo de las graves heridas que habia sufrido su hijo en el campo de batalla, circunstancia que solo entonces confió D. Fernando al anciano por haber desaparecido todo peligro, pero ni aun así el monje gerónimo hubo de abandonar el monasterio, que era su campo de batalla; y llamamos la atencion del lector sobre este incidente, para demostrar que podia mas en su corazon el amor de los intereses mundanales y la voz de sus pasiones, que el puro y desinteresado amor de padre, que la naturaleza hubiera de haber negado á aquel monstruo.

Entretanto que el astro de la noche recorria todas las facas de su menguante, conforme le habia manifestado el cartujo, Don Fernando, á fin de no despertar los antiguos odios de frailes é inquisidores, permaneció bastante retirado y hasta rogó á Don Diego, que á ninguno de sus amigos participase su llegada. Por uno de los suyos supo que la Sociedad patriótica de la Luz quedaba cuasi en esqueleto por ausencia, desvío ó flojedad de no pocos de sus socios, y que el famoso Castillo del Diablo, centro de sus reuniones patrióticas, hacia muchos dias que no habia visto á persona alguna entre sus ruinas, ni habian sido pisados sus desfondados salones por sus nocturnos y habituales huéspedes.

Don Fernando no se curó de averiguar lo que habia sido de Hierro y de Murciélago, pero nosotros lo sabremos necesariamente mas tarde, por los hechos sucesivos. Tambien huyó la pre-

sencia de Branca d'Oria, quien con toda su policia, sus agentes y esbirros, llegó á ignorar la presencia cuasi á su lado de una de sus víctimas mas predilectas, pero á quien amor, patria y juventud habian salvado de sus garras. Verdad es que el afiliado secreto de la Compañía de Jesus estaba ocupado á la sazón en la propaganda de ideas salvadoras y predicacion incesante contra el yugo extranjero. La entrada de las huestes republicanas en España, lo dijimos ya, era el amago de un voraz incendio al decir del clero de todas las órdenes, clases y categorías, incendio que urgía sobremanera desvanecer: así es que en aquella ocasion hasta los jesuitas, milicia temporal y espiritual que obra siempre aisladamente y por cuenta y riesgo propios, se unieron al grueso del ejército de los frailes para combatir el peligro comun. Branca d'Oria habia recibido instrucciones secretas de Roma y procedia en consecuencia. Tal vez tambien hubo de dejar en paz por algun tiempo á D. Fernando, atendida la causa que en un arranque de despecho ó de caballerosidad española habia abrazado.

Llegó por fin el dia prefijado por el cartujo. La luz del sol dejó de reflejar en el satélite de la tierra y la primera noche en que la ciudad cesó de verse iluminada por la última luz del postrer menguante de la luna, D. Fernando se dirigió á la posada del Leon de España; ansioso penetró en el mismo aposento y tranquilo se sentó delante de la misma mesa juntó á la cual muchos meses antes habia tomado una desesperada resolucion. Entonces tenia el corazon oprimido; el tiempo y las distancias habian operado un maravilloso cambio. A la desesperacion habia sucedido el sosiego; á la desconfianza la esperanza. D. Fernando habia hallado sin buscarlo, sin esperarlo, al padre de su amada; dentro muy pocas horas tal vez iba á caberle la satisfaccion de volverle á tener á su lado y con su auxilio y su apoyo podia abrigar la confianza de recobrar el amor de María, y castigar en nombre de Dios al infame autor de todas las desgracias de la familia de D. Carlos. Aquellas ideas estaban

en perfecta consonancia con los entusiastas sentimientos del jóven oficial y esperaba solícito el momento de verlas satisfechas.

—Bien distante está de imaginar mi amada que me ocupo en estos momentos de ella, y que como nunca su imágen brilla hermosa y pura en mi mente. ¡Quién pudiera decirle que aquel Fernando que en dias mas felices juró amarla siempre, que en otros dias mas tristes la abandonó, á quien todas las apariencias condenan por ingrato, noche y dia la tiene presente, así en sus vigiliás como en sus sueños; que su recuerdo le dió fuerza y valor en los mas fieros combates, y ánimo y resignacion en sus mas tristes horas! ¡Quién pudiera llegar á ella y decirle, que el que tal vez acusa de falso amante, un dia le devolverá á su padre y á su amor! ¡Ah! Llegad pronto, D. Carlos, vos que tanto habeis sufrido, que tanta resignacion habeis tenido y que creisteis que en la tierra todo era engaño, perfidia y maldad! ¡Llegad pronto, arrojad vuestras cuerdas y cilicios, bastante penitencia habeis hecho por las faltas que pudisteis haber cometido; basta de maceramientos, abstinencias, privaciones y rudas penitencias! ¡Arrojad vuestros hábitos humildes, y vestid vuestro noble traje de caballero; abandonad esa Tebaida donde solo reina el silencio de la muerte; bastante os habeis purificado, si impuro entrasteis en ella. Recobremos á vuestra hija y á la que debe ser mi eterna compañera, que al amor de padre y al amor de esposo nadie del mundo resiste! ¡Llegad, llegad pronto, D. Carlos!

Pero se pasó un dia y otro dia, y el monje cartujo no comparecia. El hijo de Fr. Guillermo no abandonaba un solo momento la posada; permanecia de pié horas enteras en sus humbrales, interrogaba con la vista á yentes y vinientes; pero persona alguna le hablaba de D. Carlos. D. Fernando empezó á sentir todo el delirio de la impaciencia, y con la impaciencia le asaltaron un tropel de dudas y sospechas.

—¿Si se habrá vengado cruelmente del infame monje, y olvidando su promesa, para huir de los hombres y de su cas-

tigo, habráse escondido una vez mas en su solitario é ignorado retiro? ¿Si por el contrario Fr. Guillermo le habrá dado muerte pereciendo así el infeliz con su venganza? ¿Si no habrá podido burlar la vigilancia de los monjes cartujos para alejarse del monasterio?.....

Todavía aguardó algunos dias el amante de María en la posada del Leon de España; mas viendo que era harto prolongada la tardanza, y recordando las palabras del monje en el momento de alejarse de su lado: «Si desgraciadamente no pudiera asistir á la cita que os doy, procuraré que lo sepais, y si ninguna noticia llega á vos de mí, rogad á Dios que se haya apiadado de mi alma;» resolvió partir; mas abrigando todavía un resto de esperanza. Para alimentarla, ó mejor, por no quedarle otro recurso en su incertidumbre, resolvió dirigirse otra vez al lejano monasterio. En vano D. Diego intentó detenerle; el mozo díjole que tenia deberes sagrados que llenar y partió.

En aquellos dias Fr. Guillermo fué nombrado superior del monasterio de los gerónimos.

Don Fernando dirigióse al monasterio de Cartujos sin plan premeditado, sin resolucion fija. Allí habia visto por primera vez á D. Carlos, y allí iba á buscarle. Sabia que indudablemente no habia de encontrarle, pero de allí hubo de haber partido y tal vez Dios le inspiraria para descubrir sus huellas.

A fin de no despertar, si posible fuera, ninguna sospecha, resolvió en un principio ocultar su presencia: llegó de noche y dirigióse á la caverna; corrió á la peña bajo la cual habia ocultado los vestidos: los vestidos no estaban, luego D. Carlos habia partido.

Era al caer de la tarde cuando D. Fernando llegó á la caverna del valle solitario. Como el pais le era conocido por su larga permanencia en él, habia escogido las sendas mas retiradas para llegar sin ser visto de persona alguna hasta aquel sitio que, como dijimos antes, estaba muy próximo al monasterio. Ya convencido de que D. Carlos no estaba en él, resolvió aguardar-

dar la noche para alejarse otra vez y tomar entretanto algun descanso. Todavía pudo leer el nombre de María que habia grabado en la peña en sus dias de convalecencia, pero hubo de llamar su atencion ver tambien grabado al pié de los nombres de su amada y del suyo esta palabra fatídica: ¡Venganza!

Don Fernando creyó reconocer la mano y la intencion de su autor, y una triste sonrisa vagó por sus labios.

Llegó la noche y D. Fernando salió de la caverna. Para llegar mas pronto al sitio donde le aguardaba un criado con dos caballos, tomó la senda que conducia al monasterio, que le era muy conocida. Aquella senda daba casi la vuelta completa al convento; pero apenas era frecuentada. La solitaria morada de los cartujos estaba situada cuasi en la mitad superior de un anchuroso monte, formando una especie de anfiteatro, por manera que la citada senda al dar la vuelta por la parte trasera del monasterio y la mas elevada por consiguiente del monte, dominábalo en una gran parte. En aquel lado habia una robusta torre que habian dicho á D. Fernando se remontaba su creacion en tiempo de la dominacion árabe en España y que á la sazón formaba parte de la cartuja, estando enclavada en el muro exterior del tercer claustro. Junto á aquella torre, en la cual nada habia podido la accion destructora del tiempo, debia pasar Don Fernando para salvar el monte y alcanzar el atajo.

Al llegar en sus inmediaciones parecióle oír una voz quejumbrosa. Aquella voz, como salida del sepulcro, pedía pan: era un hambriento.

El valiente oficial miró en torno suyo y al pálido resplandor del crepúsculo á nadie pudo ver. Adelantó sus pasos y no tardó en conocer que la voz venia de la torre. Apresuróse á llegar; mas apenas estuvo en su pié, la voz dejó de oírse. ¿Una fuerza superior á sus propios dolores físicos se lo impedían? ¿Quién podia ser el infeliz que en aquella hora y en aquel sitio estuviese tan necesitado, cuando el monasterio abria sus puertas hospitalarias á todo el mundo? Necesariamente habia

de ser algun huésped de la cartuja el que se lamentaba, y el incógnito que le convenia guardar á D. Fernando no le permitia entrar en averiguacion. Su buen corazon sin embargo le impelia á obrar bien; y pudiendo mas sus propios impulsos que todas las consideraciones humanas, acercóse cuanto pudo al muro y prestó atento oido.

La noche habia cerrado enteramente y el mas completo silencio reinaba por do quiera. De seguro que si alguien se hubiese hallado con el prisionero habia de ser oida su voz ó sus pisadas en aquella hora.

Aquel silencio fué de corta duracion: otra vez dejóse oir la voz y esta vez pedia agua, pero de un modo tan triste y lamentoso que era capaz de estremecer el corazon mas empedernido. D. Fernando ya no pudo contenerse y gritó:

—¿Porqué os lamentais? ¿Quién sois? ¿Quién os ha condenado á tanta necesidad?

No obtuvieron respuesta sus preguntas. ¿El prisionero no podia ó no queria darles contestacion? ¿Temia acaso un mayor castigo?

El oficial prosiguió viendo su mudismo.

—Nada temais, soy un forastero que he acertado á pasar por este sitio y he oido vuestros lamentos. Si puedo ampararos, decídmelo, que estoy pronto á hacerlo.

—¡Don Fernando, amigo mio! murmuró la voz doliente.

—¡Santos cielos! exclamó el jóven, conociendo quien era la persona que en tal cuita se hallaba. ¿Sois vos, D. Carlos, mi desgraciado amigo?

—¡Silencio y apresuraos! ¡Muero de hambre!

La incapacidad en que se hallaba el mozo de poder socorrer á D. Carlos, llevó al colmo su desesperacion. No traia consigo ninguna clase de alimento, ni tampoco los traia el criado que le aguardaba á alguna distancia, pero con diligencia podia procurárselos. En aquel momento, si bien creyó adivinar el porqué su amigo se hallaba preso en aquella torre, no intentó

averiguarlo. Otra cosa urgía mas, y era socorrerle de un modo ú otro.

—¿Estais solo? le dijo.

—Sí, contestó el monje.

—¿Lo estais toda la noche?

—Lo estoy noche y dia.

—Entonces, ¿cuando os traen el alimento?

—Una vez la semana, y este consiste en un poco de pan y agua. Esta vez la racion ha sido tan escasa que hace dos dias estoy en ayunas y faltan otros tantos para cumplir la semana. ¡Ay de mí! ¡quieren que muera de hambre!

Para pronunciar las palabras que llevamos referidas, el carujo tuvo que hacer un grande esfuerzo, tan grande era su postracion, tanta su debilidad física. Tuvo que hacer varias pausas y solo el atento oido del jóven y el profundo silencio que en aquel sitio reinaba, permitieron que este último pudiese oirlas.

—Aguardad, que pronto volveré.

—Apresuraos que desfallezco.

—Dentro de un par de horas á mas tardar estoy de vuelta.

—Esperaré.

Antes del tiempo indicado estaba de vuelta D. Fernando al pié de la torre. Merced á la velocidad de su carrera y al auxilio de su criado, se habia procurado algunos alimentos y una escalera de cuerda que terminaba en un robusto garfío. La lumbrera de la torre se abria á unos veinte y cinco piés sobre el nivel del suelo por el lado del monte, y era preciso trepar hasta aquel sitio siquiera una sola vez para dar al prisionero lo necesario para procurarse en lo sucesivo y durante su cautiverio los alimentos necesarios para la conservacion de su vida. La empresa no era fácil, pero de seguro que el mozo la hubiese acometido aun que se hubiese presentado mas difícil. Para la juventud y un ánimo resuelto nada hay imposible. D. Fernando queria á toda costa salvar la existencia del padre de su ama-

da y puso en práctica los medios que le sugirió su ingenio para lograrlo.

Para ser breves, diremos que á pesar de las tinieblas que le envolvían y de la considerable altura en que se hallaba la reja, con el ausilio de su criado pudo D. Fernando prender el garfio con que terminaba la escalera en uno de los barrotes de la lumbrera. Antes había arrojado algunas frutas al prisionero para que satisficiera por de pronto su imperiosa necesidad.

Animado algun tanto, el cautivo acabó de sujetar la escalera, y D. Fernando con una cesta al brazo subió hasta el borde de la lumbrera.

— Ante todo tomad esta cuerda, que aunque delgada es robusta; la escondereis debajo de vuestros hábitos y os servirá para que podais subir con ella los alimentos que yo mismo ó mi fiel criado os proporcionaremos. Aunque me habeis dicho que permanecéis constantemente solo, elejiremos la hora de la media noche para llenar este deber. Así evitaremos hasta el mas remoto peligro. Los alimentos que os daremos no deberán dejar ningun residuo para no ser descubierto el socorro. Ahora tomad: comed y bebed, que luego me habeis de referir la causa de vuestro encierro y por qué faltasteis á la cita que me habiais dado.

Y el hijo de Fr. Guillermo vació el contenido de la cesta en manos de la víctima del mal monje. La Providencia en sus inescrutables decretos quiso que el hijo salvase de una muerte inminente y horrorosa al hombre cuyas desgracias procedían de la maldad de su padre.

Ya repuesto algun tanto el cartujo, estrechó con efusion la mano del jóven al través de los robustos barrotes. Era aquel apretón de mano mucho mas elocuente que las mas cumplidas gracias que pudiera haberle dado.

— Y bien, díjole D. Fernando; ¿cómo os hallais aquí y por qué vuestros compañeros os han impuesto tan terrible castigo?

—Vais á saberlo.

El jóven apoyó una rodilla sobre el marco saliente de la lumbrera, pasó su brazo derecho al través de uno de los barrotes, y descansando el pié que le quedaba libre sobre uno de los travesaños de la escalera, se dispuso para escuchar.

El cartujo habló así:

—No sé porque desde mi entrada al monasterio he sido siempre objeto de la mas esquisita vigilancia. Sea que yo no entrase con las condiciones de la mayoría de los monjes, esto es, sin vida anterior y solo llevados por el tedio de su existencia, ó bien por la irresistible fuerza del ejemplo; sea que estas gentes averiguasen mi conducta en el siglo y llegase á su noticia que estaba manchada con sangre; sea, y esto es lo mas probable, que Fr. Guillermo, mi fiero enemigo, que supo me habia retirado á este monasterio, con firme propósito de no salir nunca de él, encargase esa vigilancia á fin de que no llegase á conocer su maldad y me vengase en su persona, repito que constantemente no se me perdía de vista.

Nada que temer de mí debian esas jentes, porque hallaba, no en su compañía, pero sí en su soledad, el reposo del alma que habia pedido tan ardientemente á Dios. Mi vida declinaba rápidamente y al llegar á su ocaso, el recuerdo mas difícil de borrar del corazon humano, esto es, el recuerdo de padre, me asaltó. Os dije ya como vuestra presencia en el monasterio avivó ese deseo amortiguado y como resolví verlo satisfecho.

Es costumbre entre los cartujos salir de noche de sus retiradas celdas, ya para dirigirse al coro, ya para orar por los difuntos en el mismo lugar donde descansan sus restos; nosotros no cavamos nuestra propia sepultura como los trapenses, pero meditamos y rogamos, sobre todo de noche, en el sitio donde deben descansar nuestros huesos. Tambien nos es dado en los dias de asueto poder pasear por los alrededores del monasterio en compañía de otro monje, y en uno de estos paseos fué cuando descubrí la caverna en dónde os encontré. Aquel agreste sitio

tenia para mí, como lo tuvo tambien para vos, indecibles encantos, y no pocas veces hallaba en él un excelente remedio para vencer la monótona soledad de mi celda y el triste aspecto de sus ahumadas paredes. Me parecia al encontrarme allí solo y al aire libre que el mundo era un vasto cementerio habiendo sobrevivido yo solo á una catástrofe universal. El monasterio me inspiraba otras ideas; desde el primer día se me figuró ser una cárcel perpetua. Así es que hallaba un verdadero placer en poder alejarme de mi cárcel voluntaria para pasar algunas horas en la caverna del valle, y ella pudo ser testigo de las lágrimas por mí vertidas y de mi humildad ante los inescrutables decretos del Eterno.

Aprovechándose de la práctica, que os dije antes, se halla establecida en esta cartuja, salia de mi celda uno ó dos dias á la semana y por una puerta escusada cuya llave me proporcionaba un hermano lego, ora de dia, ora de noche, me dirigia á la caverna en donde una providencial casualidad quiso que os encontrára.

Vuestra relacion ocasionó una completa revolucion en mi tranquila existencia. Desde el momento en que me separé de vuestro lado ya tuve vivos deseos de volveros á ver. Vuestra presencia me era tan necesaria como el aire que respiraba, como la tierra que me sustentaba. Y es porque vos me habiais dejado entrever un mundo de felicidad que yo habia creido un dia y otro dia que no podia existir; es porque vos me habiais hablado de seres muy queridos á mi corazon; es porque vuestras palabras habian borrado el estigma de la infamia que la mas horrible perversidad habia estampado en la pura frente de mi idolatrada esposa; es porque en fin, vos como mensagero de la divinidad, me habiais mostrado de una mano el ramo de oliva y de otra la espada de la venganza.

Vos me erais necesario, porque vos erais la puerta de un eliseo de felicidad; por vos salia de la tumba, con vos volvia á la vida.

El cartujo pronunció estas últimas palabras con tanto fuego que arrancaron un profundo suspiro de su pecho. Miró en torno suyo y al contemplar las sombrías paredes de la torre como si le

causaran horror y fuesen animadas, su cuerpo se pegó á los barrotes de la lumbreira y estrechó contra su corazón la mano de Don Fernando, como estrecha en su seno á su hijo la madre que lo recobra despues de haberlo creído perdido.

Despues de una ligera pausa prosiguió.

—Tardándome en llegar el plazo que os señalé para traerme los vestidos, repetidas veces en un mismo dia y en una misma noche fui á la caverna. Me parecia que allí estabais vos todavía, que aun repetian sus perdidos ecos los nombres de María y de mi hija. Allí donde tan amargas lágrimas habia derramado se levantaba hermosa y pura la imágen de mi fiel esposa: ella me tendia sus amorosos brazos y me perdonaba por mi ingratitud y abandono. Nuestra hija nos sonreia dulcemente y yo os abrazaba á los tres como un padre abraza á su esposa y á sus hijos.

Desde que me hallo aquí, añadió D. Carlos, bajando mas y mas el tono de la voz y arrojando una mirada de terror al interior de la torre, si recuerdo á mi esposa es por verla encerrada como yo en solitario aposento ó triste cárcel presa del mónstruo que la arrebató, y oigo sus ayes que llegan á mí, y sus lamentos despedazan mi ulcerado corazón. Si mi mente evoca el recuerdo de mi hija tambien la veo cercada de lazos y peligros, y la infeliz en vano exhala tristes quejas, porque no halla ni el amor de padre ni el amor de esposo.

—Desechad estas melancólicas ideas, díjole D. Fernando que hasta entonces habia permanecido silencioso escuchando atentamente la relacion del cartujo; que ha de llegar, mucho confío, un dia en que alcancemos todos la suspirada felicidad. Y ahora, si no lo teneis á mal, decidme cómo fué que os encerraron en este fúnebre recinto.

—La visita de la caverna calmaba mi ansiedad, prosiguió el preso, y solo faltaba un dia para cumplirse los tres prefijados. A la imágen de un porvenir de dicha habian sucedido otros pensamientos. El perverso amigo, el mal monje se me aparecia sin cesar con toda la espantosa fealdad de su crimen, con toda la defor-

midad de su villano proceder, y en mi impotencia de poder despedazarle, asaltaban mi mente mil planes de venganza. Ninguno me parecía llenar todas las condiciones necesarias para dejarme satisfecho. Tantos años de amarguras, tanto dolor y sufrimiento, no pueden pagarlos la vida de un hombre, y no me bastaba dar muerte al monje para apagar el ódio que en mi pecho había encendido su maldad.

En uno de estos momentos de delirio, grabé en la peña vuestro nombre y el de mi hija la palabra VENGANZA. En aquella palabra iban reasumidos mis dolores, mi ansiedad y mi odio. Esta palabra sin embargo hubo de perderme. Mil veces he recordado durante las horas de amargura que he pasado en esta torre lo que vos me dijisteis: la venganza es piedra de maldición.

Estoy en la firme convicción de que los cartujos espían mis pasos. Os dije ya que desde mi entrada al monasterio había sido objeto de especial vigilancia. Mis frecuentes y repetidas salidas en los últimos días habrían sin duda de alarmarles. Yo creía que el lego que me proporcionaba la llave de la puerta secreta me era fiel: los hechos me demostraron lo contrario. Cúmplase la voluntad de Dios: toda mi vida he estado siempre rodeado de traidores.

Cumplidos los tres días, apenas las sombras de la noche cubrieron la faz de la tierra, me despedí de mi cárcel, di un eterno adiós á la cartuja que había sido mi sepulcro y, como Lázaro, creíme resucitado al salvar el último muro de la clausura. Debía estar contento y no lo estaba: no sé porque un triste presentimiento me decía que yo no podía ser feliz jamás.

La senda que conduce á la caverna me es tan conocida, que á pesar de la oscuridad de la noche, la salvé con la misma rapidez que si fuese en mitad del día. Una viva emoción embargaba mi ánimo al dirigirme á la peña tras la cual debían estar escondidos los vestidos; crucé por entre las sombras y en vez de tocar el frío granito, una mano callosa se puso en contacto con mi

mano. A aquel contacto inesperado, me estremecí de todos mis miembros: me hallaba al lado de un hombre cuyo silencio nada bueno me revelaba: aquel hombre se hallaba junto á la peña y podia haber descubierto los vestidos. En un estado de ansiedad difícil de describir; me aventuré á interrogar al desconocido, y como al desgraciado siempre le queda la esperanza, imaginé que el hombre que me sujetaba por la mano pudiera ser muy bien uno de los vuestros emisarios, el portador tal vez de los vestidos.

—¿Quién sois? le dije con acento resuelto.

El hombre no contestó una sola palabra.

—Tal vez, añadí, estais en un error; solo podeis ser un emisario de un amigo mio, y en este caso, desechad todo recelo. La persona que debe recojer vuestro encargo soy yo.

Tampoco contestó el desconocido; pero un instante despues oí rumor de pasos en la entrada de la caverna y otra mano callosa me sujetó por el brazo que me quedaba libre.

Entonces mis pensamientos fueron otros; á la esperanza sucedió el terror: ó me hallaba en poder de los monjes ó de unos bandidos. Despues de un momento de reflexion creí firmemente lo primero. El comportamiento que tuvieron conmigo aquellos fantasmas, pronto me disipó la menor duda que pudiese abrigar. Siempre en el mas completo silencio, me ataron las manos detrás de la espalda, me cubrieron el rostro con la cogulla que sujetaron con un lazo que traerian dispuesto, y me empujaron hácia adelante para que andase.

Toda resistencia era inútil y los tres nos pusimos en marcha dirigiendo ellos mis pasos, porque me era imposible ver donde ponia el pié. Al cabo de un corto rato, que calculé ser el preciso para llegar al monasterio, oí que se abria una puerta y despues otra. Por el rumor que causaban las pisadas de mis acompañants, conocí tambien que eran mas de dos las personas que me seguian. Finalmente hubimos de llegar al pié de esta torre cuyos pesados cerrojos y enmohecidos goznes chillaron tristemente:

Subimos la escalera de caracol y al llegar á su único piso, que es el en que me hallo, uno de mis acompañantes me desató las manos diciéndome con voz ronca:

—Encomendad vuestra alma á Dios en los cortos días que os quedan de vida. Cuando os hayais reconciliado con él, advertidlo al que os traerá el alimento para que en su lugar os traiga un saco de ceniza. No diferáis el arrepentimiento, porque pronto os faltaria la luz de la vida: los que entraron aquí una vez no volvieron á salir jamás.

Desapareció entre las sombras de la noche aquel funesto mensajero de la muerte, corriéronse cerrojos y candados, y todo volvió á quedar sumido en el mas profundo silencio. Habian sido tan grandes mi admiracion y terror al verme sorprendido, que mi boca se cerró como si la hubiesen sellado. Solo cuando despues de algunas horas, repuesto de mi primera sorpresa, pensé en la apurada situacion á que me veia reducido, el llanto inundó mis ojos y la desesperacion sucedió al dolor.

Pero toda lágrima era estéril, todo lamento infructuoso. Al dia siguiente cuando me trajeron el pan y agua que hasta hoy dia ha sido mi único alimento, ya no se abrió la puerta de mi calabozo; aquellos alimentos entraron en él por una ventanilla con puerta de hierro que hay en ella. En vano dirigí la palabra al lego que me los dió: ni pude verle ni oírle; cumplida su mision, cerró la ventanilla y se marchó. Tres veces en las tres semanas que me hallo aquí encerrado, ha venido el lego y cada vez la racion ha sido menor: esta vez, como os dije, dudo que hubiese podido conservar el aliento hasta el dia de su venida. Vos no podeis concebir, por que solo al que la sufre, le es dado poder sentir todo su horroroso tormento, cuan lentas y amargas son las horas de la necesidad y como el hambre va lentamente minando la existencia. El monje que me habia hablado, habia dicho la verdad: los infelices que son encerrados en esta torre como la que describe Dante en su Infierno, deben perder toda esperan-

za (1). Estas gentes no tienen corazón: para ellos el culpable de graves faltas debe perecer irremisiblemente: no muere por el hierro ó el veneno; no le sujetan al fiero potro, ni le descuartizan los miembros; no se le hunde en un cubo de aceite hirviendo, ni le arrancan las entrañas; pero le condenan á un tormento mas atroz, le imponen una muerte mas horrible: le matan de hambre. Cuando la víctima de su rencor conoce que va á morir, ya no tiene fuerza para gritar: la muerte llega á él sorda y terrible, y despues de haberle devorado las carnes, le pulveriza los huesos: el tiempo completa su obra de destruccion; las cenizas del monje perjuro se confunden con las cenizas de su lecho funerario.

—Callad, callad! exclamó D. Fernando horrorizado por tan espantosa pintura.

—He terminado ya, repuso el monje exalando un profundo suspiro; fuí culpable é imprudente: fuí culpable, porque el amor terrestre venció en mí al amor divino; fuí imprudente, porque me dejé llevar de mis ardientes deseos de abandonar el claustro; grabé mi pensamiento en la roca y hasta los mudos y frios peñascos venden y acusan al perjuro. Fuí culpable y Dios me castigó. Vuestra venida solo puede prolongar algun tiempo mi existencia; solo puede darme nuevas horas de dolor: el instinto de la conservacion hará que me apodere con avidez de los alimentos que me proporcionareis: el deseo de destruccion hará que los monjes, no pudiendo esplicarse como sin comer prolongo mi vida, sin curarse tal vez de averiguar el secreto, cambien mi cárcel ó me entierren con vida; nuevo tormento, tanto ó mas horrible que el que me veia condenado á sufrir á no haber acertado á pasar vos por debajo de esta torre.

—No será, vive Dios, mientras yo aliente, prorumpió Don

(1) Las palabras del cartujo aluden á las que el célebre poeta florentino supuso escritas en las puertas del Infierno:

Voi qui entrate, lasciate, lasciate ogni speme.

Los que aquí entráis, no abrigueis ya esperanza alguna.

Fernando con todo el fuego del entusiasmo juvenil. Yo he de arrancaros del poder de esos hombres, cuyo corazón no da entrada jamás á la misericordia ni al perdón. Vos no fuisteis culpable, porque al abandonar el culto del claustro ibais á ejercer el sacerdocio paternal: vuestros deberes de padre y esposo eran anteriores á vuestros deberes de monje, y Dios no puede castigar al que obedece al irresistible impulso de las leyes de la naturaleza.

—He sido culpable, D. Fernando: ante ese Dios á quien invocais, renuncié al mundo y á todos los seres que lo habitan, cualquiera que fuera el lazo que á ellos pudiera unirme: me hice monje cartujo; y para el cartujo no hay mas esposa ó hijos, que la celda y sus libros de rezo, y yo hice propósito de abandonar esa esposa y esos hijos.

—Esto no puede ser, porque seria rebelarse contra las eternas leyes divinas. Vuestra religion la han fundado los hombres, los impulsos de vuestro corazón proceden del Eterno. D. Carlos, vos os encontráis en un caso escepcional; vos obrasteis á impulsos de vuestra alma y de vuestro corazón. Teneis una esposa idolatrada que muere de tristeza sujeta á los lazos de un infame; teneis una hija que perdisteis en la cuna, espuesta á ser víctima de las asechanzas y escollos del mundo, que hallaria en vos un apoyo y un defensor; pues bien, esos seres tan débiles como queridos valen tanto ó mas que vuestra celda y vuestros libros de rezo, que Dios quiere solo la pureza del corazón y el amor de sus hijos.

—Callad, callad, exclamó á su vez el cartujo con ronca voz: no me abrais las puertas de un cielo al que no me es dable penetrar: no me habéis de mi esposa y de mi hija: al desgraciado cartujo no le queda mas esperanza que el saco de ceniza. Imágenes engañosas, livianas como el placer, huid de mi presencia y desvaneced como se desvanecen las ilusiones de la noche en presencia de la verdad de la luz.

Y el monje hundió su marchito rostro entre sus manos cadavéricas.

—D. Carlos, repito que yo he de salvaros, exclamó el valiente oficial, aun que tenga que penetrar á mano armada en la cartuja; aun que tenga que pasar á cuchillo todos sus moradores; aun que tenga que pegar fuego á esas celdas y á esos claustros. Vos estais resuelto á morir, pues yo estoy decidido á no tolerarlo. Mi conciencia me remorderia todos los dias de mi vida por haber permitido, sin apurar antes todos los medios, por haber dejado perecer al padre de mi esposa. Me liga ya con vos un parentesco íntimo y la voz de la sangre es mas poderosa en mí que todas las consideraciones humanas. El enemigo de la patria se halla á corta distancia de este sitio; sus huestes numerosas van adelantando todos los dias y cuando para salvaros no puedan todos mis esfuerzos, he de pedir auxilio á las legiones republicanas para que me ayuden en mi santa empresa. Vos no debeis morir, no morireis así aun que tenga que ser traidor á mi rey.

—¡Noble jóven! dijo el cartujo con humilde resignacion: tú generosidad es digna del mas grande aplauso, pero yo debo perdonar á mis verdugos como Dios nos manda. Mi destino está fijado: la voz del carcelero al anunciarme que no debia salir de aquí en vida, era la voz de mi hado infausto: cúmplase, mi destino. Aceptaré vuestros alimentos por algunos dias: todavía durante algunos soles me asomaré á esta lumbrera solitaria, y mi alma y mi pensamiento volarán lejos de aquí. Despues me dejaré morir de hambre antes que los monjes no me condenen forzosamente á ello; al menos en los últimos instantes de mi vida se habrá cumplido mi voluntad y mi deseo. Cuando seais feliz, si llegais á serlo en brazos de mi hija, cuando hayais apurado la copa de la dicha, cuando rodeados de vuestros hijos, deis gracias á Dios por los beneficios que os haya dispensado, entonces recordadla que tambien hubo un tiempo que su padre fué muy dichoso meciéndola gozoso en su regazo, pero que á aquellos dias felices sucedieron dias muy tristes y amargos. No le hableis de mi muerte, pero sí decidla que su padre fué muy desgraciado y que ja bendijo en el postrimer instante de su vida. A mi esposa, si

todavía existe, si algun dia quiere Dios que os encontréis en su camino, decidla que fuí muy culpable con ella, que quise arrojarme á sus piés para pedirle perdon de mis faltas, pero que Dios no lo quiso.....

En este punto de su testamento oral, por decirlo así, el monje no pudo proseguir. Bien fuese á causa de su extrema debilidad, bien por las vivas emociones que agitaban su ánimo al recordar los seres que mas habia querido en este mundo, faltóle el aliento y su cuerpo cayó desplomado sobre el duro suelo del piso de la torre. D. Fernando, en la completa imposibilidad en que se hallaba de poder socorrerle, se esforzó en llamarle por su nombre repetidas veces, pero en vano: el cartujo, ó no podia articular ninguna palabra, ó se hallaba privado eternamente de sentido.

Viendo el jóven oficial que eran inútiles sus llamamientos, bajó de la lumbrera y despues de haber hecho saltar la escalera se alejó de aquel sitio profundamente conmovido, y trazando en su interior mil planes para salvar al padre de María, bien fuese en vida, bien fuese cadáver.

Con la luz de la aurora, el monje cautivo volvió de su desmayo y los primeros rayos del sol bañaron su lívido semblante surcado por el dolor y las lágrimas de la mas honda amargura.

Aquel dia tampoco vino á abrir la puerta de su cárcel el monje que semanalmente le traia su frugal alimento, por manera que á buen seguro que D. Carlos ya no hubiera podido saludar la luz del nuevo dia, sin el socorro que habia recibido de D. Fernando. Todavía le habian quedado algunos restos del contenido de la cesta, los que consumió durante el dia.

Acababa de esconder detrás de una piedra movediza que habia en la pared de sillares de la torre una vasija llena de aromático licor que le habia dado D. Fernando, y del cual habia apurado una parte para recobrar sus perdidas fuerzas, cuando oyó abrir la puerta principal de la torre. Un estremecimiento involuntario se apoderó de él al oír rechinar los goznes de la pesada puerta, sensacion estraña que no habia sentido las otras

veces que el carcelero le habia traído el pan y el agua. Los pasos de la persona que luego empezó á subir la escalera de caracol eran mas firmes y mas rápidos que los de su proveedor, y para mayor asombro suyo, vió brillar una débil claridad por debajo de la puerta de su calabozo cuando se acercó á ella su visitante. Verdad es que era bastante entrada la noche; pero tambien era de noche las otras veces que á aquel sitio se habia acercado un ser humano, pero á quien nunca habia acompañado la luz artificial.

—¿Si me creerán ya cadáver? dijo para sí D. Carlos, mientras el desconocido describía los pesados cerrojos y metía pausadamente la llave en el ojo de la reforzada cerradura de la puerta de hierro; pues si tal imaginan, van á quedar sorprendidos al verme todavía de pié: no ha llegado todavía el instante terrible; la obra de destruccion se consumará: yo ¡les ayudaré en ella.

En esto se abrió la puerta del calabozo y un hombre embozado hasta las sienes con una gran capa negra apareció en su dintel. Llevaba en una mano una linterna sorda y la otra la traía escondida debajo del holgado manto. La luz de la linterna buscó al prisionero que quedó iluminado en un instante de medio cuerpo arriba, al paso que el que empuñaba la linterna permaneció oculto en las tinieblas.

Don Cárlos fué el primero que rompió el silencio.

—¿Qué me queréis? dijo al fantasma que estaba clavado en el umbral. ¿Me traéis el saco de ceniza? Todavía no es hora: Dios me concede aun algunas fuerzas para arrepentirme, orar y morir en su santa gracia. No vengais á turbar mi agonía; retiraos: moriré contrito, pues que Dios y vosotros queréis que muera.

—No, no morirás dijo la voz del embozado; quien debe morir aquí soy yo!

—¡Vos! dijo el cartujo con admiracion, creyendo reconocer el acento del que le hablaba: y ¿quién sois vos, sombra, fantas-

ma ó demonio que venís en estos momentos terribles á turbar el reposo que tanto me ha costado hallar?

—Tú lo dijiste, desgraciado, soy el espíritu infernal que á tí llega; pero esta vez para trocar en bien todo el mal que te ha causado.

—¡Santos cielos! exclamó fuera de sí el prisionero; ¿me engañan mis sentidos? ¿Soy presa de una terrible pesadilla? ¿Estoy soñando acaso? Dios mio, que vision sobrenatural es esta? ¿Qué voz y qué palabras llegan á mis oídos?

—Es la realidad cuanto ves y oyes, prosiguió el visitador nocturno arrojando la capa al suelo y alumbrando su propio semblante con la luz de la linterna sorda. ¿Me conoces?

—¡Qué horror!

Esta sola palabra pudo pronunciar D. Cárlos en presencia del que le mostraba el semblante, tan viva sensacion causó en él su presencia.

Aquel hombre aprovechó aquel momento de crisis para decirle:

—Sí, soy yo, Fr. Guillermo, el que te perdió á tí y á tu familia, llevado por la mas terrible de las pasiones humanas; el que despues de haberte engañado villanamente, tuvo cautiva por espacio de muchos años á tu virtuosa y digna esposa; el que persiguió con encarnizamiento á tu hija y á tus criados, y que á tí, á tu mujer, á tu hija y á tus criados hubiese dado muerte, si su pasion no hubiese sido refrenada algunas veces por la reflexion. Sí, en tu presencia tienes el mayor mónstruo que abortó el averno; pero ese mónstruo llega á tí humilde y resignado para que despues de haber oido la confesion de sus culpas le des muerte, si es que con su vida pueda satisfacer tu justo encono.

Y Fr. Guillermo dobló la rodilla é inclinó la cabeza ante la sublime figura del monje cartujo, cuyo lívido semblante presentábase mas lívido todavía por la violenta lucha que tenia lugar en su pecho.

Era un cuadro digno de un pincel maestro el que ofrecia el interior de la fúnebre torre de la cartuja en aquella silenciosa hora de la noche, iluminado débilmente por la luz de la linterna, con aquellos dos hombres vistiendo ambos el traje religioso, con un corazon noble y generoso uno, con un alma pervertida por el amor ilegítimo el otro; ambos hijos de noble cuna y ambos desgraciados; orgulloso el uno, aunque postrado entonces; resignado el otro, aunque movido por una justa ira; el verdugo á los piés de su víctima; el amante criminal confesando sus yerros y esperando el castigo del esposo infeliz; cuadro digno, repetimos, de un pintor famoso y para cuya descripcion nuestra pluma es impotente.

Hubo un momento en que saliéndosele á D. Cárlos los ojos de sus órbitas, temblando de furor, encrespados sus miembros, cerrados sus puños hasta á hacerse brotar sangre de las palmas de las manos, iba á lanzarse sobre aquel hombre que tanta hiel y tanto dolor habia derramado en su vida, que habia desangrado lentamente su corazon y causádole en fin, todos los males que es dado imaginar, hasta conducirle, si no al cadalso, á otra muerte cuando no afrentosa mucho mas horrible: á la muerte por consuncion, á la muerte por hambre! Pero todo su justo y legítimo furor no habia sido bastante poderoso, para apagar las palabras de misericordia y perdon que vibraban potentes todavía en sus oidos, y el cartujo detuvo su planta y obedeciendo la ley de aquel Dios á quien tantas veces habia invocado, sintióse con fuerzas para consumir el mas grande sacrificio que podia exigírsele: el sacrificio del perdon. Consultó su corazon, aquel corazon tan noble, que tan inmensos sacrificios habia hecho ya, y sintióse con fuerzas para estender su diestra y levantar del suelo al hombre mas inícuo.

— ¿Por qué me hicisteis tanto mal? díjole con triste acento.

— No fuí yo, fué mi loca, mi criminal pasion, la que me arrastró al crimen. Vos habeis sido muy desgraciado, tambien lo he sido yo. Vos en vuestro encierro habeis derramado muchas y

amargas lágrimas, tampoco he gozado yo de un instante de dicha desde aquel en que os conocí. ¿ Por qué el destino os condujo á mi lado ? ¿ Por qué no se abrió la tierra para tragarme el dia que pisé los umbrales de vuestra quinta ? Vos no podeis concebir lo que es amar sin correspondencia, lo que es adorar á una mujer que os huye, os desprecia, os abomina y os ultraja. Vos, perdiendo á vuestra angelical esposa, perdisteis toda esperanza; vos hundiéndoos en el claustro, pudisteis arrancar de vuestra memoria la imágen de la que creisteis intiel; pero yo, mísero de mí, con los dias de desesperacion, con las noches de insomnio aumentaba mi tormento, crecia mi dolor; vos pudisteis arrojaros en brazos del amor divino, yo cual otro Tántalo no me era dado apagar mi sed en una sola palabra de cariño, menos de cariño, de amistad pura de aquella mujer que tenia todos los instantes delante de mis ojos y que en mi ciego frenesí encarcelé y hubiese llegado á encadenar si en el amor cupiese la violencia. Para vos no existia, para mí sus gracias, su belleza y sus virtudes eran mi mayor castigo: por ella hallasteis el reposo; por ella renequé de mis votos, arrojé en los filos de vuestra espada á un hombre no culpable; manché vuestras manos con sangre inocente y acabé por desgarrar mi corazon. Veis esas canas que empiezan á platear mis cabellos, esas arrugas que surcan mi marchita frente, veis ese rostro pálido y enjuto, esos ojos hundidos, oís esa voz ronca, esa respiracion penosa; pues bien, son los testimonios de mi pasion contrariada, son las señales visibles del fuego devorador que ha ardido en mi pecho, que arde todavía y que solo se extinguirá con el frio soplo de la muerte.

—¡Infeliz! dijo D. Carlos, Dios os ha castigado por haber puesto los ojos en una mujer que no os correspondia, ni aun cuando vuestros votos no hubiesen existido antes.

—Sí, Dios me castigó; pero en estos momentos solemnes os juro que pudo mas en mí la pasion que todos los deberes divinos y humanos. ¡Ah! el corazon venció á la cabeza; des-

pues de una viva lucha de muchos dias, una fuerza mas poderosa que mi voluntad me arrastró al lado de vuestra esposa y ya entonces imposible me era retroceder. Nunca habia amado: solo entonces sentí lo que era amor: entonces fué cuando me asaltó esa febril agitacion, esa ánsia devoradora, ese delirio de todos los momentos que transforma el hombre en un ángel ó en un demonio. Yo no oia otra voz que la de mi pasion; no veia otra cosa en el mundo que á esa mujer que me ha vuelto loco. En mi ardiente frenesí salvé todas las vallas humanas; en mi demencia olvidé á Dios para acordarme únicamente de la criatura. ¡Infeliz de mí! Dios me castigó, vos acabais de decirlo: los hombres me odiaron y gritaron al falso amigo, al raptor, al inicuo monje, al criminal; y los gritos de mi conciencia, mas poderosos que la voz del mundo, sin cesar noche y dia me atormentaron y me redujeron al triste estado en que al presente me veis. pidiéndoos de rodillas me deis la muerte para vengaros y librarme de mí mismo.

Calló el prior de los gerónimos, y durante algunos instantes, el mas profundo silencio reinó en el interior de la solitaria torre, silencio solo turbado por la respiracion jadeante de Fr. Guillermo en presa de horribles convulsiones.

El cartujo rompió aquel silencio preguntando friamente al amante de Doña María.

—¿Qué hicisteis de mi esposa? ¿Qué ha sido de mi hija?

—El demonio me arrebató la primera; vuestro mayordomo me robó la segunda.

—No os comprendo.

—Mi amor era ya un fuego volcánico, que no podia encerrar por mas tiempo mi pecho abrasado. La erupcion amenazaba hacia mucho tiempo, y á pesar de mis sobrenaturales esfuerzos para reprimir la llama, llegó á mostrarse inclemente y ciega. En una noche de dilirio amenacé á vuestra esposa con la violencia, y en otra noche horrorosa, como lobo carnicero, discurrí con pasos desatentados en torno de su último refugio.

—¡ Ah! callad, callad, exclamó el cartujo; no profieran vuestros labios lo que no tendria quizás fuerzas para perdonaros!

Fray Guillermo sin atender á aquella advertencia prosiguió.

—Era la noche tan negra como negro era mi corazon: la naturaleza en insólitas convulsiones se agitaba palpitante y el látigo de la tempestad estremecía la tierra, que parecia incandescente con el fuego del cielo. En lo más recio de la tormenta, cuando la lívida luz de los rayos y el horrisono fragor del trueno conmovia á todos los séres, vuestra esposa, suelto el cabello, cruzadas las manos y pintado el terror en su angélico semblante, salió apresuradamente de su aposento implorando la misericordia divina. Era media noche y la casa se hallaba completamente á oscuras; para tranquilizarla fuí en busca de una luz y al regresar pocos momentos despues en el sitio que la acababa de dejar, vuestra esposa ya no estaba. Penetré en su aposento, recorrí ansioso toda la casa, pero no pude hallarla. Entonces bajé al jardin cuya puerta habia quedado abierta, crucé todas sus calles, examiné sus mas recónditos sitios, trepé hasta los altos muros que lo cercan; pregunté, averigué, inquirí: ni una sola huella de sus pasos pude descubrir, ni una señal del camino que pudo haber tomado, ni un indicio de su fuga. En mi desesperacion llegué á imaginar que un rayo la habia calcinado, que Dios ó Satan la habian arrebatado. Cuantas diligencias he practicado para averiguar su paradero, si es que exista, han sido inútiles. Perdida toda esperanza de recobrarla, para mí el mundo no tiene ningun atractivo; quiero morir y por eso valiéndome de mi alta dignidad, he penetrado hasta vuestra cárcel para que me deis la muerte, y si vos sois tan cruel que querais condenarme á mis remordimientos y os repugne manchar vuestras puras manos con mi impura sangre, dadme vuestro perdon y alejaos de mí. Esta capa os protegerá y abrirá paso: yo me quedaré aquí en vuestra cárcel y moriré en vuestro lugar. Al entrar los cartujos me dijeron que ha-

biais prevaricado y la prevaricacion es castigada severamente. No ignoro que cuando sepan que he procurado vuestra evasion, son capaces de todo, hasta condenarme á morir de hambre: no importa, sea así: todavía me librarán de la vida, que es para mí un enorme peso. No puedo hacer mas por vos: despues de haberme humillado os doy la vida: despues de haber sido vuestro carcelero, porque á los monjes á menudo les encargaba la mas severa vigilancia, soy vuestro salvador: he sido vuestro verdugo, ahora soy vuestro padre: aceptad este sacrificio en memoria de la mujer que ambos tanto hemos amado y que tan desgraciados nos ha hecho.

Un momento antes de entrar Fr. Guillermo el cartujo estaba resignado con su suerte y la muerte no le espantaba ya: sumiso á la voluntad divina hubiese exalado el último aliento bendiciendo la mano de sus verdugos. La confesion del monje gerónimo ocasionó en su pecho una completa revolucion: la esperanza de poder hallar un dia á su esposa, porque D. Fernando mas tranquilo no creia en lo que el delirio del amor habia hecho imaginar al gerónimo, abrió sus alas y le mostró el mundo del que iba á salir. Este cambio sin embargo fué precedido por una terrible lucha, en la que por fin salió triunfante el amor de esposo y el amor de padre.

— Os perdono, dijo con voz solemne al monje gerónimo que aguardaba ansioso su determinación. Si Dios absuelve al pecador arrepentido ¿por qué no debe hacerlo la criatura? Acepto vuestro ofrecimiento, y ya permanezcais resignado en este retiro, ya salgais de él, juradme en presencia del Dios á quien nada se oculta, que renunciáis para siempre al amor de mi esposa: que borrareis su imágen de vuestra memoria y que aun cuando el destino la arrojára en mitad de vuestro camino, pasaríais por su lado sin alzar los ojos, sin desplegar los lábios.

— ¡Os lo juro!

— Ahora bien: si logro salvarme y los cartujos en su rencor llegan á encarcelaros, la Providencia velará por vos. Cuando

oigais que me llaman por mi nombre del pié de la torre, arrojad esta cuerda y con ella os procurareis los alimentos necesarios. No profirais una sola palabra, pues os perderiais irremisiblemente. Mas ó menos tarde se os libertará de vuestra prision. Ahora troquemos nuestros hábitos.

Hiciéronlo así y D. Cárlos bajó lentamente la escalera de caracol.

El destino fué favorable aquella vez á D. Cárlos. Al pié de la torre le aguardaba un lego cartujo que despues de haber cerrado la puerta de la torre silenciosamente, le acompañó hasta la puerta de la clausura. Montó en un mulo que aguardaba en aquel sitio y á favor de las tinieblas de la noche y del holgado manto que cubria su rostro y sus hábitos se alejó rápidamente de la cartuja.



VIII.

Padre é hijo.



POCAS horas despues de haber tenido lugar el extraño cambio de prisioneros en la sombría torre de la cartuja, conforme llevamos referido en el capítulo anterior, y cuando D. Cárlos podia contemplar todavía á lo lejos la silenciosa cárcel que sin el supuesto ó real arrepentimiento del monje gerónimo debia ser su sepulcro, y cuando los primeros albores del dia asomaban en el horizonte, dos fuertes aldabazos sonaron en la puerta principal del monasterio. El lego que hacia las veces de portero y que llevado mas por devocion que por obligacion, habia asistido á las mailines de media noche, despertó no de muy buena gana, é increpando en sus adentros al huésped matutino que le turbaba su reposo, dirigióse lentamente á la portería y al llegar junto á la puerta preguntó por la rejilla quien era el que llamaba y que se le ofrecia en hora tan temprana.

—¡Abrid al rey! contestó una voz resuelta.

A tan terminante mandato el lego sacudió instantáneamente su pereza, y sin replicar una sola palabra abrió la puerta.

Un oficial acompañado de un corto número de soldados vesti-

dos á la ligera y cubiertos todos de polvo y sudor se hallaban con las armas terciadas en el pórtico. Al verlos el cartujo se santiguó y retrocedió un paso.

—Malos huéspedes son estos, dijo para sí, pero en fin, sea todo por amor de Dios.

El oficial sin aguardar que se le autorizase para pasar adelante, dió la voz de mando á sus acompañantes y juntos entraron en el primer claustro. El lego, que primero los habia seguido con la vista, trató de adelantarles y tal vez de abandonarles para ir á advertir su llegada al superior; pero el oficial, que hubo de conocer su intento, le detuvo por el brazo y le dijo á media voz:

—Iremos juntos.

Entonces dió algunas órdenes á su segundo, y acompañado de una mitad de la fuerza penetró en el claustro, seguido del lego.

—¿A dónde vamos? preguntóle éste.

—A la celda del superior.

—Considerad que estará descansando de su vigilia.

—Pronto amanecerá y es hora ya de levantarse: adelante.

El lego obedeció y momentos despues llegaba la bélica comitiva á la puerta de la celda, ó mejor, casita del cartujo; pues sabido es que los monjes de esta orden tienen una habitacion compuesta de dos ó tres piezas, un desvan, un piso bajo, y un pequeño jardin.

El oficial llamó suavemente á la puerta la primera vez; despues algo mas recio y finalmente con el pomo de su espada. Solo entonces una voz interior contestó este breve monosílabo.

—¡Quién!

—El rey ó un amigo, como mejor gustéis.

Al oir aquellas palabras, el lego dió un paso para retirarse, mas uno de los soldados con voz imperiosa le dijo:

—¡Quieto! ó vive Dios!....

Abrióse en esto la puerta de la celda y apareció el superior fijando su planta en el umbral.

—Falta luz para que me conozcais, díjole el oficial; pero suplirán las palabras semejante falta.

—Vuestra voz no me es desconocida, contestó el cartujo; mas no acierto en este momento á recordar....

—He sido vuestro huésped y alojado durante algunos meses, y bajo vuestro techo hospitalario sané de mis heridas y recobré la salud. De vuelta al ejército libertador se me ha confiado una mision importante y en su cumplimiento me dirijo á vos.

—¿En qué puedo servirlos?

—Voy á decíroslo con toda reserva.

Y el oficial, en quien habrá reconocido sin duda el lector á D. Fernando, acompañó al cartujo hasta el interior de la celda.

Ya solos los dos, añadió:

—Confidencialmente se ha sabido, quiera Dios que no sea así, que se oculta en esta cartuja una persona sospechosa, mas que sospechosa enemiga de los españoles y amiga de los franceses. Se me ha mandado que os interrogára sobre el particular y que conforme fuese vuestra declaracion, procediera á un minucioso exámen de la cartuja.

—Puedo aseguraros formalmente que ignoro se oculte en este monasterio ninguna persona estraña.

—Vos podeis ignorarlo y hallarse en él realmente; por consiguiente, en virtud de las órdenes terminantes que tengo, permitidme, siquiera no sea mas que por pura formalidad, que proceda inmediatamente al exámen de la cartuja. Vos podreis acompañarme.

—No tengo ningun inconveniente, mas observad que causará esta visita una penosa sorpresa á los monjes que se hallan todavía descansando; si pudierais diferirla para dentro de una hora.

—No puedo acceder en su totalidad á vuestros deseos; pero sí en parte. Para conciliar mi obligacion, porque tambien nosotros los soldados somos hijos de la obediencia, empezaremos la visita por los puntos que no sean habitables; por ejemplo por los claus-

tros apartados, es decir, que en vez de ir del centro á la circunferencia iremos de la circunferencia al centro. Ya vereis como todos estaremos contentos. Yo que conozeo un poco el monasterio, dirigiré la marcha.

El superior sin replicar siguió á D. Fernando que iba acompañado de algunos soldados; y despues de un ligero exámen de algunos aposentos que hallaron al paso, salió al patio ó claustro en uno de cuyos extremos se hallaba la torre morisca.

—Nada hay que examinar en este patio, dijo D. Fernando en ademán de retroceder.

—En efecto, contestó el superior con aire de satisfaccion: es la parte del monasterio menos frecuentada.

Don Fernando volvió la vista en torno suyo y como la luz de la aurora empezaba á iluminar el almenado remate de la torre en cuyo único piso sabia él muy bien gemia un infeliz amigo, pero en el que pocas horas antes habia tenido lugar una estraña escena, que estaba muy ageno de imaginar, al hallar en su exámen la sombría mole, dijo al cartujo.

—¿Y aquella torre? Aun que se divisa de lejos, nunca pensé en preguntaros de qué os servia.

—Aquella torre, contestó el monje volviéndole la espalda en ademán de retroceder, es una antigualla pegada al muro que de nada sirve como no sea para dar abrigo á las aves de rapiña y á los ratones.

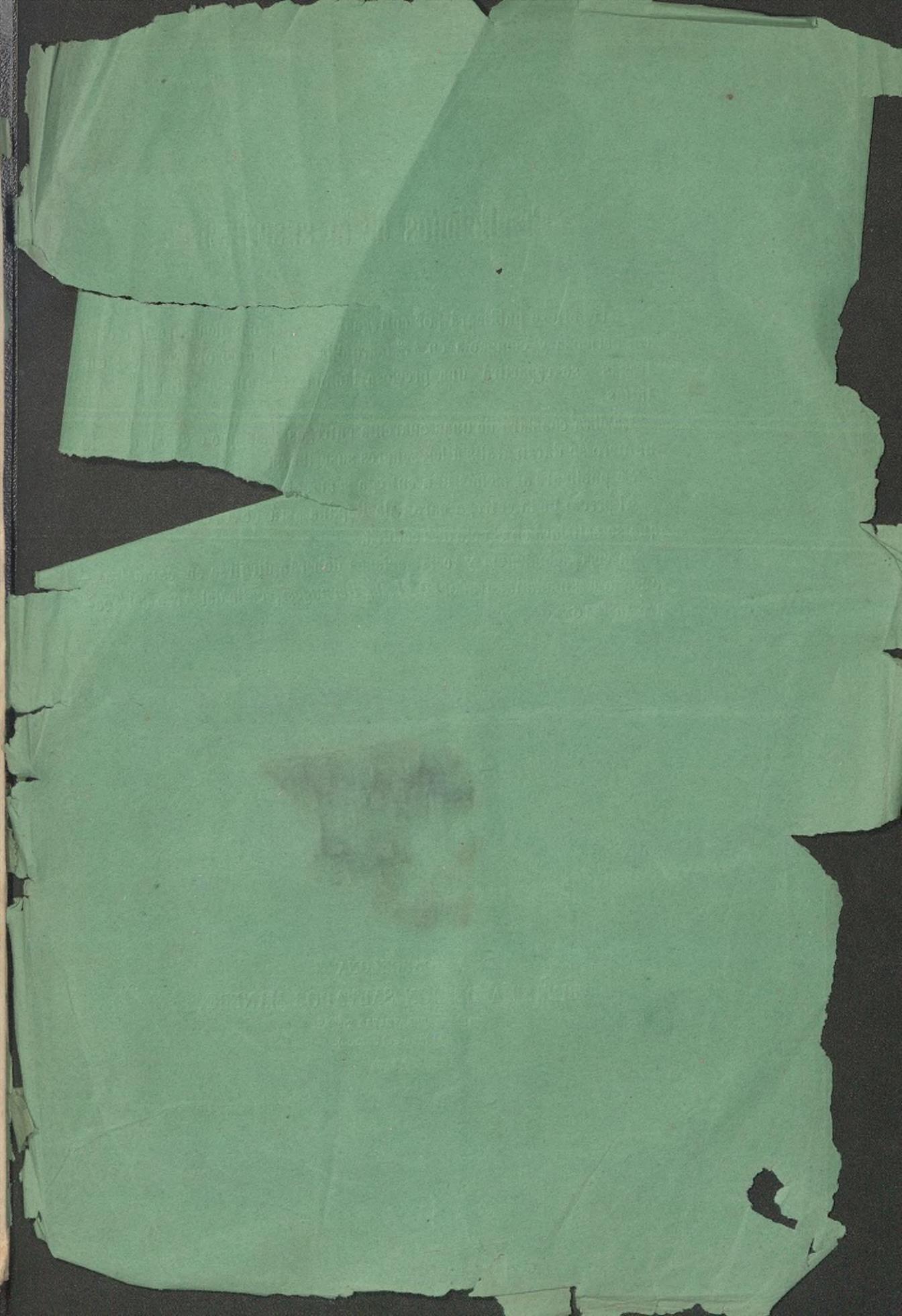
—¿Y si en ella se escondiera la persona que buscamos? repuso el oficial aparentando sonreirse.

—En tal caso, añadió con impasibilidad el superior, seria vuestra sorpresa igual á la mia, porque su puerta si no está condenada, ignoro dónde se guarda la llave.

—En este caso preciso será echarla abajo porque vuestras palabras han escitado vivamente mi curiosidad.

—Estraño capricho es el vuestro. Os puedo asegurar que será tiempo perdido.

—Sea; pero no perdamos mas tiempo deliberando.



Condiciones de la suscripción

Esta obra se publicará por entregas de 16 páginas de impresión hermosa y compacta en 4.º marquilla papel superior. Cada dos entregas se repartirá una preciosa lámina litografiada y tirada á dos tintas.

La obra constará de unas cuarenta entregas. Las que escedan de este número se darán gratis á los señores suscritores.

Se publicará al menos una entrega semanal.

El precio de la entrega para toda España será de UN REAL de vn. que se satisfará en el acto de recibirla.

La correspondencia y reclamaciones deberán dirigirse en carta franqueada á su administrador *D. I. L. Bernagosi*, calle del Arco del Teatro. n.º 16.

BARCELONA
LIBRERÍA DE DON SALVADOR MANERO,

PLAZA DEL TEATRO N.º 7.

(al lado del correo).

1856.